



Mauro Ugaz Olivares^(*)

Literatura y Derecho laboral

“(...) porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán a pique están los que en cualquiera ministerio de ella se ejercitan, de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado, y en compañía de esta buena gente, te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor que se dice, que todas las cosas iguala”.

Miguel de Cervantes Saavedra

Capítulo Undécimo del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha

1. Advertencia

Este trabajo no pretende agotar todas las relaciones que existen entre la literatura y el derecho laboral. Simplemente se trata de la mirada personal y limitada, basada en mis experiencias como lector autodidacta e incipiente. Sin embargo, nada como el placer de entrecruzar dos temas que nos entusiasman pese a nuestras miopías e ignorancias. Este trabajo seguramente tendrá innumerables vacíos que muchos notarán y reclamarán y me parece bien que lo hagan: así descubriremos nuevos contactos entre el derecho laboral y la literatura y aprenderemos más. No nos encontramos ante un estudio acabado o perfecto (tarea, por otro lado, imposible ya que, parafraseando a Cervantes, no he podido contravenir el orden de la naturaleza, donde uno engendra cada cosa a su semejanza); sino ante una invitación a la constante revisión, a las añadiduras continuas, a poner en tela de juicio la destacada frase de Savater: “ya que no podemos ser infinitos, al menos seamos extremistas (...)”. También podemos ser infinitos a pesar de nuestros límites.

^(*) Abogado por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Profesor de Derecho Laboral en la misma casa de estudios. Senior Manager de Ernst & Young. Miembro de la Asociación Civil IUS ET VERITAS.

2. El trabajo y el ocio

Un primer contacto literario necesariamente tiene que relacionarse con la Biblia pese a que esta sugiere que el surgimiento del trabajo fue motivado por una acción malévola de los hombres. En realidad existen muchas referencias al trabajo que anuncian lo contrario y que asocian tal materia a la responsabilidad pero también al goce. Así, en Eclesiastés 2:10 se señala que “no negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi trabajo; y esta fue mi parte de toda mi faena”. Otro pasaje muy bello del mismo libro menciona que “todo lo que puedas hacer, hazlo en tu pleno vigor, porque no hay en el sepulcro, adonde vas, ni obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría” (Eclesiastés 9:9 y siguientes).

Es curioso que esta exaltación del trabajo como sinónimo de vigor o fuerza se haya transformado en resignación y condena en los siglos posteriores, sobre todo cuando se vislumbraban los primeros actos de los trabajadores encaminados a objetar las vicisitudes del trabajo en la revolución industrial. Así, es muy ejemplificativo el discurso pronunciado por el Obispo de Vich en el año 1855, cuando los obreros catalanes organizaron la primera huelga general en defensa de sus reivindicaciones y como protesta por la ejecución de su líder sindical a manos de las autoridades militares.

En tal oportunidad el Obispo señaló que:

“Oh hijos muy amados, os conjuramos por las entrañas de nuestro señor Jesucristo que abandonéis esa actitud que tanta zozobra causa a vuestras autoridades y a todos vuestros conciudadanos; que volváis al trabajo, que volváis a vuestros talleres, en donde con el honrado trabajo de vuestras manos podáis ganar el sustento de vuestras familias. Si a pesar de todo no podéis satisfacer vuestras necesidades (...) la religión nos enseña la resignación y el sufrimiento, la religión nos consuela prometiéndonos más abundantes felicidades para una vida venidera, cuando mayores hayan sido las privaciones en la presente (...) y sobre todo, una profunda sumisión y obediencia a las leyes y a las autoridades constituidas”⁽¹⁾.

Definitivamente, el discurso bíblico trasciende el binomio culpa-trabajo y de alguna manera valora el esfuerzo y la riqueza que la labor desencadena. Por eso es imprescindible citar también la Presentación de las Ofrendas, dentro de la misa, donde se agradece al trabajo y al esfuerzo realizado con él como componentes necesarios para la aparición del pan, del vino y de la vida plena: “Bendito seas, Señor, Dios del universo por este pan, por este vino, fruto de la tierra, de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos. Él será para nosotros pan de vida, bebida de salvación”.

Naturalmente, nos encontramos ante una mirada de la Biblia que excluye la teología y los dogmas de fe, que más bien se centra en su literalidad aunque siempre tendremos que considerar lo que mencionaba el romancero español recreado por Ramón de Campoamor en su fábula *Las dos linternas*: “Y es que en el mundo traidor nada es verdad ni es mentira; todo es según el color del cristal con que se mira”.

Otra aproximación al trabajo definitivamente lo podemos apreciar en las fábulas que todos descubrimos en los textos escolares, en especial las referidas a Esopo o a Samaniego. Quizá la más conocida sea aquella que retrata el esfuerzo en contraposición con la ociosidad, teniendo como protagonistas excluyentes a la cigarra y a la hormiga. Mis preferidas, sin embargo, las escribe Arturo Corcuera en su poemario Noé delirante, quien con humor e ingenio reinventa las fábulas, reivindicando a veces acciones inicialmente reprochables. Tal es el caso de la *Fábula de la Cigarra* donde menciona lo siguiente:

(1) OJEDA AVILÉS, Antonio. *Derecho Sindical*. Madrid: Tecnos. 7ma. edición, 1995.



Mauro Antonio Ugaz Olivares

“Susurrando
a sazonar madrugada
de cera su turrón la abeja,
edifica la hormiga
su morada, reúne los cereales
negándose a ser explotada.

Publica su algarabía,
en alta fidelidad,
la cigarra.

Mientras la abeja liba,
mientras guardan el grano,
sin tregua, las hormigas,
la cigarra... ¡ay
cigarra, guitarra
de la tarde,
incomprendida!”.

Singular es la visión del trabajo como un mundo apacible y lleno de felicidad. Li Tai Po nos muestra ello en la *Melodía de las Cosechadoras de Loto*, donde describe con genial agudeza como la actividad laboral puede también suponer serenidad y alegría al mismo tiempo:

“Junto al arroyo de Ruoye, las campesinas cogen loto;
desde lejos, entre las flores, se escuchan sus risas.
En la superficie del agua, el sol repite sus ropas.
La brisa difunde el perfume de sus mangas”.

En una situación distinta, el mismo autor nos describe aquellos trabajos donde el trájín, la velocidad, el ajeteo son asociados a la actividad. En aquellas labores la sensación de ausencia, de transitoriedad es totalmente visible. Así, en la *Balada del Mercader Viajero* se señala que “el viajero de los mares cabalga los vientos del cielo” y que sus viajes son como una “gaviota oculta entre las nubes” ya que “apenas parte no deja ni el menor rastro”.

No queremos relegar a la otra cara del trabajo: el ocio. El ocio, hoy caricaturizado y confundido con la flojera o la dejadez, ha sido defendido desde la antigüedad, en especial, por los filósofos griegos, como es el caso de Aristóteles, quien en su *Ética a Nicómaco*, señaló que “del mismo modo que se hace la guerra para tener paz, la razón por la que se trabaja es para obtener ocio”. El

ocio, pues, permitiría adquirir al hombre nuevos aprendizajes, perfeccionarse y elevar su espíritu. La mejor descripción de las bondades del ocio quizá las plantea Baudelaire cuando señala que:

“Yo he crecido, en buena parte, gracias al ocio. Con gran detrimento para mí; pues el ocio sin fortuna aumenta las deudas, y de las deudas resultan las vejaciones. Pero con gran provecho para mí; en lo que se refiere a la sensibilidad, a la meditación (...). Los otros hombres de letras, en su mayoría, son viles jornaleros, muy ignorantes”.

Al ocio quizá debamos añadir a los poetas que cantaron al *carpe diem*, entre los que destaca el persa Omar Jayyam:

“No te preocupes por el ayer:
ha pasado...
No te angusties por el mañana:
aún no llega...
Vive, pues, sin nostalgia ni esperanza:
tu única posesión es el instante”.

Ciertamente este poema nos recuerda los famosos versos de Horacio: “Mientras hablamos, huye el tiempo envidioso. Vive el día de hoy. Captúralo. No fies del incierto mañana”.

Con un estilo más osado Abu Nuwás, autor de innumerables poemas báquicos y ocasional protagonista de *Las mil y una noches*, canta al ocio y a la despreocupación con tono irónico:

“Hombres, ¡a mí qué me importan
las espadas o los combates!
Yo sólo sigo a una estrella:
la del placer y la música.
En mí no confiéis,
pues soy de aquellos que rehúyen
encontronazos y embates.

(...)

Si de juergas se tratara,
de beber vino sin mácula
o de pasarme la noche
junto a vírgenes luciendo
sus vestidos de luto negro
me veríais con razón
como héroe de los árabes”.

Li Tai Po es otro caso excepcional, aunque mucho más meditado y profundo no deja de sorprendernos cuando rechaza los convencionalismos y reclama vivir el momento: “Campanas, tambores, comida deliciosa, ¿de qué nos valen? Sólo pido vivir ebrio por siempre y jamás despertar”.

En fin, el trabajo y el ocio van de la mano, son compañeros de viaje, tienen innumerables puntos de contacto y nos explican como personas. En ese sentido, lo más importante es (deformando la canción de Guillén y Viglietti⁽²⁾) que existan hombres que se parezcan a los niños cuando trabajan.

3. El trabajador

Siempre existió trabajo pero no siempre existió derecho laboral. Nuestra disciplina es nueva en comparación con otras áreas del derecho (la civil, por ejemplo) porque la categoría “trabajador” responde a un contexto económico y social del siglo XIX. Sin embargo, es propicio reconocer que la literatura es un vehículo para recordarnos que en toda situación donde una persona preste un servicio a favor de otra, encontraremos una equivalencia, una similitud: se utiliza la fuerza de una persona, de un ser humano, para alcanzar un objetivo. Como aquella frase de Gotthelf que cita Ernst Jünger en su libro *El Trabajador: dominio y figura*⁽³⁾: “Es otro el que da órdenes; y lo que debe suceder, sucede”.

Partiendo de ello, la referencia más vital del trabajador en la literatura definitivamente se encuentra en Sancho Panza, en su calidad de colaborador bajo las órdenes de Don Quijote. Innumerables artículos y libros se han escrito acerca de tal relación de trabajo, tanto desde el punto de vista literario como

jurídico. Sin embargo, la interpretación más avezada sin duda corresponde a Kafka quien señaló que “la desgracia de Don Quijote no es su imaginación, sino Sancho Panza” ya que consideraba que “Sancho Panza inventó a Don Quijote para salvarse de sus propios demonios”:

“Kafka creyó que el verdadero protagonista del libro era Sancho. Sancho, según Kafka, se salvó de enloquecer inventándose a Don Quijote, a quien dio por destino el enfrentamiento con los demonios interiores, con lo invisible, con la vida psíquica, con la desgracia de querer ser otro”⁽⁴⁾.

Sin embargo, pocos han reparado en el carácter antilaboral de ambos personajes. Manuel Vilas, al respecto, es muy perspicaz al señalar que entre ellos existen muchos puntos en común que nos permiten encontrar tal carácter: “los dos son del mismo pueblo, los dos carecen de futuro, los dos son dos perfectos inútiles, dos ociosos, dos paseantes, los dos son una conversación interminable, extenuante, y los dos son dos criaturas asexuadas. Son como dos niños; uno, largo y loco, y el otro, gordo y cuerdo”⁽⁵⁾. Es por ello que Vilas anuncia que:

“Lo que más adoro de la novela de Cervantes es que ninguno de sus dos protagonistas trabaja. Su vida es el paseo y el arte. Puede que Sancho tampoco esté cuerdo. ¿Qué cordura hay en seguir padeciendo a semejante amo? Puede, entonces, que Sancho no quiera trabajar en el campo. Qué podía hacer un miserable campesino en 1605 para divertirse un rato sino acomodarse

(2) Me matan si no trabajo, y si trabajo me matan.

(3) JÜNGER, Ernst. *El Trabajador: dominio y figura*. Barcelona: Tusquets, 2003; p. 308.

(4) Véase VILAS, Manuel. Disponible en web: <http://www.mcu.es/archivoswebmcu/verines/pdf/258.pdf>

(5) *Ibidem*.



Mauro Antonio Ugaz Olivares

en el servicio de un loco y reírse del mundo y que el mundo también se riera de él. Sancho es un vago que no quiere deslomarse en el campo y se va de aventurero, de vagabundo, a no hacer nada, sino tomar el aire, tomar el sol y disfrutar de los caminos. Entrar al servicio de Don Quijote es como una jubilación, o una forma de vencer el aburrimiento de principios del siglo XVII”.

Así, Sancho Panza es el verdadero rebelde, quien huye de una verdadera labor para encomendarse a otra incierta y quimérica. ¿Cuántos de nosotros hoy podríamos tener las agallas de ser Sancho Panza? Pocos, muy pocos.

Otra referencia, que podemos clasificar como del trabajador consciente, la realiza Bertolt Brecht en su famoso poema *Preguntas de un obrero ante un libro*. El texto tiene la virtud de situarnos ante un trabajador contestatario, juicioso, que quiere romper con lo establecido, con lo ortodoxo y con su suerte:

“Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?
En los libros figuran los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?
Y Babilonia, destruida tantas veces,
¿quién la volvió a construir otras tantas? ¿En qué casas
de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron?
La noche en que fue terminada la Muralla china,
¿a dónde fueron los albañiles? Roma la Grande
está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?
¿Sobre quiénes triunfaron los Césares? Bizancio, tan
cantada,
¿tenía sólo palacios para sus habitantes? Hasta en la
fabulosa Atlántida,
la noche en que el mar se la tragaba, los habitantes
clamaban
pidiendo ayuda a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿El sólo?
César venció a los galos.
¿No llevaba consigo ni siquiera un cocinero?
Felipe II lloró al hundirse
su flota. ¿No lloró nadie más?
Federico II ganó la Guerra de los Siete Años.
¿Quién la ganó, además?
Una victoria en cada página.
¿Quién cocinaba los banquetes de la victoria?
Un gran hombre cada diez años.

¿Quién paga sus gastos?
Una pregunta para cada historia.

En la otra orilla, podemos apreciar al trabajador pusilánime, brillantemente descrito en *La metamorfosis* de Frank Kafka. Es impactante como el protagonista pese a encontrarse convertido en un insecto tiene como única preocupación llegar tarde a su centro de trabajo:

“¡Dios mío! -pensó-. ¡Qué profesión tan dura he elegido! Un día sí y otro también de viaje. Los esfuerzos profesionales son mucho mayores que en el mismo almacén de la ciudad, y además se me ha endosado este ajeteo de viajar, el estar al tanto de los empalmes de tren, la comida mala y a deshora, una relación humana constantemente cambiante, nunca duradera, que jamás llega a ser cordial. ¡Que se vaya todo al diablo! (...) Era un esclavo del jefe, sin agallas ni juicio. ¿Qué pasaría si dijese que estaba enfermo? Pero esto sería sumamente desagradable y sospechoso, porque Gregorio no había estado enfermo ni una sola vez durante los cinco años de servicio”.

Dentro de estos ejemplos, cómo no recordar al trabajador confanzado que comparte una soberana borrachera con su superior en el cuento *El jefe* de Julio Ramón Ribeyro. En él el protagonista aprovechando una celebración trata de conseguir un aumento de sueldo y la confianza de su jefe, quién con una sola actitud le recordó su posición dentro de la empresa y puso las cosas en su sitio: “El apoderado levantó rápidamente la cara y quedó mirándolo con una expresión fría, desmemoriada y anónima: la mirada inapelable del jefe”.

Una visión desencantada del trabajador laborioso podemos observarla en el poema

El Rey Lear de Antonio Cisneros, donde el protagonista con sentido práctico rechaza cualquier tipo de idealismo de las labores de subsistencia: “Déjese de cosas: usted toma mujer y se hace un par de hijos y se pasa la vida en sus trabajos ni limpios ni muy sucios hasta apilar 100 columnas de monedas de cobre abajo de la cama (...)”. Es decir, uno trabaja para otro incluso en el seno familiar (la ajenidad integral).

El desencanto también puede provenir al interior del mismo movimiento obrero. En un pasaje de la novela de Mario Vargas Llosa, *El Paraíso en la otra esquina*, Flora Tristán, protagonista del libro, tiene una discusión con un sindicalista joven quien le reprocha no realizar una charla en Montpeller:

- “-¿Por qué ha decidido no hablar usted en Montpeller, señora?
-Porque me aseguraron que no encontraría aquí a un solo obrero inteligente – lo provocó Flora.
-Aquí hay cuatrocientos obreros inteligentes, señora –se río el muchacho-. Yo soy uno de ellos.
-Con cuatrocientos obreros inteligentes yo haría la revolución en toda Francia, hijo mío – le repuso Flora”.

La frustración y la consciencia de una realidad hace que la protagonista no se desengañe de su posición real.

Pero el trabajador también se nos puede mostrar a través de un lado inocente y esperanzado. El poema *Los amigos* de José Watanabe es muy aleccionador en ese sentido. La búsqueda de trabajo se presenta como una necesidad honesta: “Debemos buscar trabajo porque su novia no leyó nunca folletos malthusianos”, por eso los protagonistas han fingido ser “expertos en publicidad”, y tienen la esperanza de emprender una “excursión a donde apunte el viento” o editarán “un libro de dibujo o poesía”, mientras tanto: “Ahora sólo sabemos caminar las calles y ni siquiera somos carteros”.

Los amigos del poema tienen la esperanza de que el mundo no cambiará pese a los trances que se avecinan, es más, no quieren cambiar sus proyectos, sus sueños ni motivaciones, quieren conservarlos incluso cuando se concrete la dura realidad próxima.

Como diría el obrero de Brecht: un trabajador para cada historia.

4. Las acciones laborales

La actividad de los trabajadores más visible, conflictiva y controversial sin lugar a dudas es la huelga. Como diría Oscar Ermida: “la huelga es el instituto más atípico, de la parte más atípica, de la rama más atípica del Derecho”.

Su procedencia implica un conflicto que se ha exacerbado, una lucha de fuerzas exteriorizada que a veces puede ser desigual, desequilibrada y conmovedora. Nadie como César Vallejo para mostrarnos tal lucha de fuerzas en su poema conocido por sus primeras líneas como *La cólera que quiebra al hombre*:

“La cólera que quiebra al hombre en niños,
que quiebra al niño en pájaros iguales,
y al pájaro, después, en huevecillos;
la cólera del pobre
tiene un aceite contra dos vinagres.

La cólera que al árbol quiebra en hojas,
a la hoja en botones desiguales
y al botón, en ranuras telescópicas;
la cólera del pobre
tiene dos ríos contra muchos mares.

La cólera que quiebra al bien en dudas,
a la duda, en tres arcos semejantes
y al arco, luego, en tumbas imprevistas;
la cólera del pobre
tiene un acero contra dos puñales.

La cólera que quiebra al alma en cuerpos,
al cuerpo en órganos desemejantes
y al órgano, en octavos pensamientos;
la cólera del pobre
tiene un fuego central contra dos cráteres”.

La lucha desigual del pobre, que podemos identificarla con el trabajador, siempre tiene una posición de desventaja para lo cual el poeta utiliza imágenes audaces pero muy sugerentes: un aceite contra dos



Mauro Antonio Ugaz Olivares

vinagres, un río contra muchos mares, un acero contra dos puñales y un fuego central contra dos cráteres. Pero además, esta lucha dispareja descompone a la persona, de manera tal que mientras más dura se desgasta cada vez más al individuo: al niño lo quiebra en pájaros y al pájaro en huevecillos, al árbol en hojas y a las hojas en ranuras telescópicas, etcétera. La lucha y sus repercusiones son brillantemente descritas por el genio de Vallejo, quien logra encadenar en cuatro párrafos toda la intensidad de una disputa social o laboral.

En el poema III del poemario *España aparta de mí este cáliz*, Vallejo vuelve a poner al trabajador en el centro de la lucha al describir la muerte y valentía de Pedro Rojas, quien era “padre y hombre, marido y hombre, ferroviario y hombre, padre y más hombre, Pedro y sus dos muertes”.

Cesáreo Martínez Sánchez, por su parte, en su libro *Cinco razones puras para comprometerse* (con una huelga), nos anuncia con voz de protesta, su desencanto con la publicidad que se otorga a las acciones o actividades realizadas por los trabajadores, para lo cual recurre a una voz que se dirige a un público para hacer más afectivas sus críticas:

“No, señores del poder
vuestros decretos no lograrán despojarnos de la piel y
vuestros periódicos nos hacen cosquillas, informan que
hay paz social en la luna.
No, señores del poder.
Somos millones que untamos la máquina con grasa
humana
y rascamos esta tierra sometidos a un sistema ilusorio.
Sin aire, sin sueños,
sin oler la punta del día domingo
por pensar en nuestros miles de presos (...)”.

Pero es quizá García Márquez en *Cien Años de Soledad*, quien describe un acto de huelga y su represión brutal de la manera más turbadora posible:

“La huelga grande estalló. Los cultivos se quedaron a medias, la fruta se pasó en las cepas y los trenes de ciento veinte vagones se pararon en los ramales. (...) Allí estaba José Arcadio Segundo, el día en que se anunció que el ejército había sido encargado de restablecer el orden

público. (...) La ley marcial facultaba al ejército para asumir funciones árbitro de la controversia, pero no se hizo ninguna tentativa de conciliación. Tan pronto como se exhibieron en Macondo, los soldados pusieron a un lado los fusiles, cortaron y embarcaron al banano y movilizaron los trenes. Los trabajadores, que hasta entonces se habían conformado con esperar, se echaron al monte sin más armas que sus machetes de labor, y empezaron a sabotear el sabotaje. Incendiaron fincas y comisariatos, destruyeron los rieles para impedir el tránsito de los trenes que empezaban a abrirse paso con fuego de ametralladoras, y cortaron los alambres del telégrafo y el teléfono. (...) Hacia las doce, esperando un tren que no llegaba, más de tres mil personas, entre trabajadores, mujeres y niños, habían desbordado el espacio descubierto frente a la estación y se apretujaban en las calles adyacentes que el ejército cerró con filas de ametralladoras. Aquello parecía entonces, más que una recepción, una feria jubilosa. (...) Un teniente del ejército se subió entonces en el techo de la estación, donde había cuatro nidos de ametralladoras enfiladas hacia la multitud, y se dio un toque de silencio. (...) El general Carlos Cortes Vargas declaraba a los huelguistas cuadrilla de malhechores y facultaba al ejército para matarlos a bala (...).

-Señoras y señores -dijo el capitán con una voz baja, lenta, un poco cansada-, tienen cinco minutos para retirarse. (...) Nadie se movió.

-¡Cabrones! -gritó-. Les regalamos el minuto que falta.

El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron

en el acto. (...) Una fuerza sísmica, un aliento volcánico, un rugido de cataclismo, estallaron en el centro de la muchedumbre con una descomunal potencia expansiva. (...) Cuando José Arcadio Segundo despertó estaba bocarriba en las tinieblas. (...) Dispuesto a dormir muchas horas, a salvo del terror y el horror, se acomodó del lado que menos le dolía, y solo entonces descubrió que estaba acostado sobre los muertos. (...) Cuando llegó al primer vagón dio un salto en la oscuridad, y se quedó tendido en la zanja hasta que el tren acabó de pasar. Era el más largo que había visto nunca, con casi doscientos vagones de carga, y una locomotora en cada extremo y una tercera en el centro (...).

Pero no todo está perdido.

Alejandro Romualdo en su poema *La huelga*, reivindica el papel del instituto en la generación de beneficios y derechos: “una huelga crece también como una flor y crece como un árbol y termina dando frutos, maravillosos frutos para todos”. Aquí se acentúa el valor de la huelga, sus repercusiones, sus objetivos.

5. Final

Nada tan importante como ser una gran persona y con ello ser un buen abogado. Las normas son escrituras inanimadas, herramientas que requieren de un ser humano para concretarse en la realidad. Por eso hoy son tan relevantes las palabras de González Prada, quien prefería personas decentes antes que leyes buenas. Así lo menciona en su discurso referido a los abogados y jueces:

“Las leyes, por muy claras y sencillas que nos parezcan, entrañan oscuridades y complicaciones suficientes para servir al hombre honrado y al bribón, quién sabe más al bribón que al honrado. Más suponiendo que ellas fueron dechadas de justicia y equidad ¿qué valen leyes buenas con jueces malos? Que un Marco Aurelio nos juzgue por un Código draconiano, que ningún Judas nos aplique las leyes de Cristo”.

Escribiendo estas líneas, recuerdo las interminables conversaciones que tuve y mantengo con varios profesores y condiscípulos amigos, que por ser grandes personas, enriquecieron mis conocimientos de derecho gracias a la literatura, la música, la pintura y el vino. Para ellos va mi reconocimiento y afecto. Seguramente pronto nos reuniremos, porque como diría Miguel Hernández “tenemos que hablar de muchas cosas, compañero(s) del alma, compañero(s)”. 